



MEDIOCRACIA

CUANDO LOS MEDIOCRES TOMAN EL PODER

ALAIN DENEAULT



T

MEDIOCRACIA
CUANDO LOS MEDIOCRES TOMAN EL PODER

ALAIN DENEULT

Traducción de Julio Fajardo Herrero

T
TURNER

Título:

Mediocracia. Cuando los mediocres toman el poder

© Alain Deneault, 2019

Edición original:

La médiocratie, Lux Éditeur, 2015;

Politiques de l'extrême centre, Lux Éditeur, 2016

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2019

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: septiembre de 2019

De la traducción:

© Julio Fajardo Herrero, 2019

Ilustración de cubierta:

Hombre de negocios sentado en una mesa cerca de la bandeja ash,
Hombre de negocios sentado en una mesa de retención de auricular
de teléfono, *Hombre que agarra sombrero de pie contra un fondo*
gris, fotografías de Tom Kelley Archive; y *Hombre posando en studio*
(B & P), *primer plano*, fotografía de George Marks

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial

ISBN: 978-84-17866-80-8

DL: M-22187-2019

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Índice

INTRODUCCIÓN. LA MEDIOCRACIA

I. EL CONOCIMIENTO Y LA EXPERIENCIA

Perder la cabeza

Los académicos generadores de opinión

Aburre, luego es científico

Escribir hacia el desastre

Los pequeños intelectuales

'Seguir el juego'

Los perdedores

Los efectos perversos

La esperanza: escritores en paro, docentes precarios, maestros ignorantes

II. EL COMERCIO Y LAS FINANZAS

La economía estúpida

'Made in China'

Los expertos al rescate

La enfermedad del dinero

La economía de la avaricia

El saqueo por control remoto

Los sindicatos 'en lucha' contra sus camaradas del mundo

III. LA CULTURA Y LA CIVILIZACIÓN

Las opiniones de ricos y famosos

[El capital cultural](#)

[Los artistas no cuentan](#)

[El retrato del artista como trabajador social](#)

[Una relación dislocada con la realidad](#)

[El arte 'subversionado'](#)

[Una visión del mundo en cartón](#)

[IV. LA REVOLUCIÓN: ACABAR CON LO QUE DAÑA AL BIEN COMÚN](#)

[La corruptura](#)

[EPÍLOGO. LAS POLÍTICAS DEL EXTREMO CENTRO](#)

INTRODUCCIÓN
LA MEDIOCRACIA

Deje a un lado esos complicados volúmenes: le serán más útiles los manuales de contabilidad. No esté orgulloso, no sea ingenioso ni dé muestras de soltura: puede parecer arrogante. No se apasione tanto: a la gente le da miedo. Y, lo más importante, evite las “buenas ideas”: muchas de ellas acaban en la trituradora. Esa mirada penetrante suya da miedo: abra más los ojos y relaje los labios. Sus reflexiones no solo han de ser endebles, además deben parecerlo. Cuando hable de sí mismo, asegúrese de que entendamos que no es usted gran cosa. Eso nos facilitará meterlo en el cajón apropiado. Los tiempos han cambiado. Nadie ha tomado la Bastilla, ni ha prendido fuego al Reichstag, el Aurora¹ no ha disparado una sola descarga. Y, sin embargo, se ha lanzado el ataque y ha tenido éxito: los mediocres han tomado el poder.

¿Qué es lo que mejor se le da a una persona mediocre? Reconocer a otra persona mediocre. Juntas se organizarán para rascarse la espalda, se asegurarán de devolverse los favores e irán cimentando el poder de un clan que seguirá creciendo, ya que enseguida darán con la manera de atraer a sus semejantes. Lo que de verdad importa no es evitar la estupidez, sino adornarla con la apariencia del poder. “Si la estupidez [...] no se asemejase perfectamente al progreso, el ingenio, la esperanza y la mejoría, nadie querría ser estúpido”, señaló Robert Musil.² Siéntase cómodo al ocultar sus defectos tras una actitud de normalidad; afirme siempre ser

pragmático y esté siempre dispuesto a mejorar, pues la mediocridad no acusa ni la incapacidad ni la incompetencia. Deberá usted saber cómo utilizar los programas, cómo rellenar el formulario sin protestar, cómo proferir espontáneamente y como un loro expresiones del tipo “altos estándares de gobernanza corporativa y valores de excelencia” y cómo saludar a quien sea necesario en el momento oportuno. Sin embargo –y esto es lo fundamental–, no debe ir más allá.

El término *mediocridad* designa lo que está en la media, igual que *superioridad* e *inferioridad* designan lo que está por encima y por debajo. No existe la *medidad*. Pero la mediocridad no hace referencia a la media como abstracción, sino que es el estado medio real, y la *mediocracia*, por lo tanto, es el estado medio cuando se ha garantizado la autoridad. La mediocracia establece un orden en el que la media deja de ser una síntesis abstracta que nos permite entender el estado de las cosas y pasa a ser el estándar impuesto que estamos obligados a acatar. Y si reivindicamos nuestra libertad no servirá más que para demostrar lo eficiente que es el sistema.

La división y la industrialización del trabajo –tanto manual como intelectual– han contribuido en gran medida al advenimiento del poder mediocre. El perfeccionamiento de cada tarea para que resulte útil a un conjunto inasible ha convertido en “expertos” a charlatanes que enuncian frases oportunas con mínimas porciones de verdad, mientras que a los trabajadores se les rebaja al nivel de herramientas para quienes “la actividad vital [...] no es sino un medio de asegurar [su] propia existencia”.³

Esta era la observación que hacía Karl Marx en 1849. También señalaba que el capital ha hecho que los trabajadores

se sientan indiferentes ante el trabajo en sí al reducirlo a fuerza de trabajo, primero; a una unidad de medida abstracta, después; y, finalmente, a su coste —entendido el salario como aquello que el trabajador necesita para reproducir su fuerza de trabajo—. Las destrezas artesanas desaparecen. Hoy la gente puede producir alimentos en cadenas de montaje sin saber cómo cocinar en casa, atender por teléfono a clientes y darles instrucciones que ellos mismos no entienden o venderles libros o periódicos que ellos mismos jamás leen. No queda rastro del orgullo por el trabajo bien hecho. Así lo explicaba Marx en su *Contribución a la crítica de la economía política*:

El hecho de que ese tipo particular de trabajo sea inmaterial se corresponde con una sociedad en la que los individuos pasan con facilidad de una clase de trabajo a otra, y la clase específica de trabajo en la que recalán les resulta accidental y por tanto es irrelevante. El trabajo, no solo como una categoría sino en la propia realidad, se ha convertido en un medio para producir riqueza en general.⁴

El trabajo desvitalizado, visto por el trabajador exclusivamente como “un medio para asegurar su propia existencia”, es el medio del que se provee el capital para garantizar su propio crecimiento. Empleadores y trabajadores están de acuerdo en al menos una cosa: toda labor se ha convertido en un trabajo y con unanimidad todo trabajo se considera un *medio*.

No se trata de un juego de palabras ni de una simple coincidencia léxica, el trabajo pasa a ser un *medio* en el momento en que lo valoramos como un aporte estrictamente *medio*. La conformidad de un acto a su nivel medio,

cuando es forzada y universal, confina a una sociedad entera a la trivialidad. Pero el *medio* remite también al *entorno*, y puede referirse específicamente al medio profesional o laboral como un lugar de compromiso (en ocasiones deshonesto) en el que ninguna obra relevante puede tener lugar.

Cabe señalar, sin embargo, que la persona mediocre no está por ahí tumbada sin hacer nada: en realidad sí que sabe esforzarse en el trabajo. Hace falta mucho esfuerzo para producir un programa comercial de televisión, para solicitar una beca de investigación, para diseñar tarritos de yogur que parezcan aerodinámicos o para organizar el contenido ritual de una reunión entre una ministra y una delegación de su contraparte. No todo el mundo tiene los medios para alcanzar dichos objetivos. La perfección técnica es absolutamente necesaria para mantener oculta la profunda pereza intelectual que implican tantas profesiones conformistas. Comprometida con los exigentes requerimientos de un trabajo que nunca es propio e inmersa en ideas que siempre proceden de arriba, la gente mediocre nunca pierde de vista su propia banalidad.

El progreso no puede detenerse. Hubo un tiempo en que se creía que los mediocres eran minoría. Para Jean de la Bruyère, la persona mediocre era una criatura vil que recurría a cuanto conociera de rumores e intrigas sobre los poderosos intentando sacar partido a cada situación.

Celso tiene una reputación mediocre, pero quienes tienen una reputación superior lo toleran; no está instruido, pero tiene trato con hombres instruidos; acumula pocos méritos, pero conoce a gente que sí los tiene en abundancia; no tiene habilidades, pero sí una lengua que le sirve para

hacerse entender y pies que lo llevan de un sitio para otro.⁵

En cuanto predominan, los Celsos de este mundo ya no tienen a nadie a quien imitar, salvo a sí mismos. El poder lo van conquistando progresivamente, casi sin saber lo que hacen. Sus métodos de supervisión, de hacerse con privilegios inmerecidos, de complacencia y de conspiración los llevan en última instancia hasta los puestos de mando en las instituciones. Es un fenómeno que han denunciado todas las generaciones. Gustave Flaubert citó lo siguiente del cuaderno de un amigo suyo, el poeta Louis Bouilhet:

¡Oh fétida democracia, poesía utilitarista, literatura de los subalternos, parloteo estético, vómito económico, escrofulosos productos de una nación exhausta, os aborrezco con todo el poder de mi alma! ¡No sois gangrena, sois atrofia! ¡No sois el rojo flemón caliente de las eras enfebrecidas, sino un frío absceso de extremos pálidos que supura desde su origen en una cavidad profunda!⁶

Sin embargo, estas no dejan de ser denuncias de imposturas e infatuaciones: lo que se desenmascara es una inútil pretensión de grandeza y no un sistema que se satisface con la pequeñez y que de hecho la exige como satisfacción.

Laurence J. Peter y Raymond Hull fueron de los primeros en atestiguar la proliferación de la mediocridad a lo largo y ancho de todo un sistema. Su tesis, *El principio de Peter*, que desarrollaron en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, resulta implacable en su claridad: los procesos sistémicos favorecen que aquellos con niveles medios de competencia asciendan a posiciones de poder, apartando en su camino tanto a los supercompetentes co-

mo a los totalmente incompetentes. Se dan ejemplos impresionantes de este fenómeno en los colegios, donde se despedirá a un profesor que no sea capaz de seguir un horario ni sepa nada sobre su asignatura, pero también se rechazará a un rebelde que aplique cambios importantes a los protocolos de enseñanza para lograr que una clase de alumnos con dificultades obtenga mejores calificaciones – tanto en comprensión lectora como en aritmética– que los alumnos de las clases normales. Asimismo, se desharán de un profesor poco convencional cuyos alumnos completen el trabajo de dos o tres años en solamente uno. Según los autores de *El principio de Peter*, en este último caso al profesor se le castigó por haber alterado el sistema oficial de calificaciones, pero sobre todo por haber causado “un estado de ansiedad extrema al profesor que habría de encargarse al año siguiente del grupo que ya había realizado todo ese trabajo”.⁷ Así es el proceso que va dando lugar a los “analfabetos secundarios”,⁸ por emplear la expresión acuñada por Hans Magnus Enzensberger. Este nuevo sujeto, producido en masa por instituciones educativas y centros de investigación, se precia de poseer todo un acervo de conocimiento útil que, sin embargo, no lo lleva a cuestionarse sus fundamentos intelectuales.

Enzensberger ofrece la siguiente descripción del analfabeto intelectual: “Se considera bien informado, puede decodificar instrucciones, pictogramas y cheques, y se mueve por un mundo que lo aísla de cualquier desafío a su confianza”.² Los académicos mediocres no piensan por sí mismos: delegan su poder de pensamiento en una autoridad superior que dictará sus estrategias, siempre enfocadas a su evolución profesional. La autocensura es obligatoria y se presenta como una demostración de astucia.

Desde la publicación de *El principio de Peter* la tendencia a eliminar a los no mediocres se ha ido confirmando regularmente y hoy hemos llegado a un punto en el que la mediocridad, de hecho, hasta se recomienda. Hay psicólogos que han hecho suyo el credo de las escuelas de negocios y les han dado la vuelta a las relaciones de valor, identificando formas específicas de competencia como un exceso de "autocontrol". Christy Zhou Koval, de la Fuqua School of Business de la Duke University y principal autora de un artículo titulado "The Burden of Responsibility: Interpersonal Costs of High Self-Control",¹⁰ presenta a los trabajadores autoexigentes como sujetos en cierto sentido responsables de acabar convertidos en víctimas de algún abuso. Está en su mano, al fin y al cabo, aprender a restringir su actividad a un marco operativo más estrecho. La propensión de estas personas al trabajo bien hecho y su marcado sentido de la responsabilidad se consideran un problema. Están fracasando a la hora de trabajar para conseguir sus objetivos "personales", esto es, los relacionados con su carrera, en función de cómo la definen las autoridades que la custodian.

Mediocracia es, por lo tanto, la palabra que designa un orden mediocre que se establece como modelo. El lógico ruso Alexander Zinoviev ha descrito el régimen soviético en unos términos que subrayan sus semejanzas con nuestras democracias liberales. "Los que sobreviven son los mediocres" y "la mediocridad tiene más posibilidades de alcanzar el éxito", reflexiona Dauber en *Cumbres abismales*, la novela satírica que Zinoviev publicó clandestinamente en 1976. Entre sus teoremas nos encontramos el siguiente:

Estoy hablando de la mediocridad como nivel general y no del éxito en áreas de trabajo específicas, sino del éxito social. Son cosas muy distintas

[...]. Si una institución comienza a trabajar sensiblemente mejor que otras, acapara la atención sobre sí misma. Si se la reconoce oficialmente en este papel, enseguida se convierte en una farsa o en un escaparate, lo cual también degenera con el tiempo en una farsa como cualquier otra.¹¹

La norma de la mediocridad lleva a desarrollar una imitación del trabajo que propicia la simulación de un resultado. El hecho de fingir se convierte en un valor en sí mismo. La mediocracia lleva a todo el mundo a subordinar cualquier tipo de deliberación a modelos arbitrarios promovidos por instancias de autoridad. Hoy figuran entre sus ejemplos el político que explica a los votantes que se tienen que someter a los designios de los accionistas de Wall Street; o el profesor universitario que considera que el trabajo de un alumno es “demasiado teórico y demasiado científico” cuando este sobrepasa las premisas que se habían expuesto previamente en un PowerPoint; o el productor cinematográfico que insiste en adjudicarle a un famoso un papel protagonista en un documental sobre un tema con el que este no tiene ninguna relación; o el experto que demuestra su “racionalidad” argumentando largamente a favor de un crecimiento económico (irracional). Zinoviev ya era consciente de las posibilidades del trabajo simulado como fuerza psicológica para alterar las mentes:

La imitación del trabajo al parecer solo precisa de un resultado, o más bien de la mera posibilidad de justificar el tiempo que se ha invertido: la comprobación y la evaluación de los resultados las llevan a cabo personas que han participado de la simulación, que guardan relación con ella y tienen interés en perpetuarla.¹²

Cabría pensar que un rasgo común entre quienes comparten este poder sería el de una sonrisa cómplice. Al creerse más listos que todos los demás, se complacen con frases cargadas de sabiduría tales como: “Hay que seguir el juego”. El juego –una expresión cuya absoluta vaguedad encaja perfectamente con el pensamiento del mediocre– requiere que, según el momento, uno acate obsequiosamente las reglas establecidas con el solo propósito de ocupar una posición relevante en el tablero social, o bien que eluda con ufanía tales reglas –sin dejar nunca de guardar las apariencias–, gracias a múltiples actos de colusión que perverten la integridad del proceso.

Una expresión ingenua como *seguir el juego* es un bálsamo para la conciencia de todo actor fraudulento. Tras cumplir sonrientes con dicho requerimiento, las farmacéuticas se aseguran de curar los cánceres de próstata a un coste altísimo, aunque no se espere que estos les acarreen problemas serios a los pacientes antes de cumplir ciento treinta años, mientras los facultativos realizan tratamientos inútiles sabiendo que cada una de sus actividades médicas recibirá recompensa, tal como se establece en sus contratos. Con esta misma actitud de mirar para otro lado, y pese a estar bien equipados para acorralar a entidades culpables de fraude fiscal a gran escala, los inspectores de Hacienda prefieren acechar a las camareras que no declaran las propinas. Los agentes de policía echan el cierre a sus investigaciones en cuanto se dan cuenta de que han topado con alguien del entorno cercano al gobierno, mientras los periodistas reproducen el lenguaje tendencioso de las notas de prensa difundidas por los poderosos y eligen seguir nadando a ciegas ignorando las corrientes de movimientos históricos, a los que prefieren no dedicar su atención.

Cuando un profesional recién reclutado por el ámbito académico universitario se somete a intimidatorios ritos de

iniciación, aprende que las dinámicas del mercado siempre se imponen sobre los principios fundacionales de las instituciones públicas, pues el objetivo es saltarse tales principios. El juego puede consistir en la transformación de centros de día gestionados con ayudas estatales en negocios sin miramiento alguno hacia los niños, o en ofrecer a nuevos empleados un taller con el que aprenderán a engañarse unos a otros en el marco de sus relaciones informales, o en jugar con las emociones de un trabajador con afirmaciones del tipo: "Tu identidad es un activo que nos pertenece". Colectivamente, *seguir el juego* significa comportarse como si no importara el hecho de que a lo que estamos jugando es a la ruleta rusa, nos lo estamos jugando todo, estamos jugándonos la vida. Solo estamos jugando, es divertido, no va en serio, no es de verdad, no es más que un simulacro que nos envuelve en su risa perversa. El juego al que se supone que tenemos que jugar siempre se presenta con un guiño, como un ardid que hasta cierto punto podemos criticar, pero cuya autoridad sin embargo aceptamos. Al mismo tiempo, tenemos cuidado de no explicitar las reglas generales del juego, porque están inextricablemente entreveradas con estrategias concretas que son personales y arbitrarias –por no decir abusivas– la mayoría de las veces. En la mente de personas que se creen listas, la falsedad y las trampas se conciben como un juego implícito, llevado a cabo a expensas de personas a las que consideran estúpidas. *Seguir el juego*, pese a lo que quiera uno pensar si es que pretende engañarse, significa no regirse nunca por nada más que la ley de la codicia. Esta forma de pensar le da la vuelta a la definición de oportunismo: el oportunismo es hoy una necesidad social ajena a la persona, pero requerida por la sociedad.